



ÁNGELA VALLVEY

EL TELEADICTO

Antonio Sempere



Por fin he podido escuchar el locuaz verbo de **Ángela Vallvey** durante hora y media seguida, sin que nadie la interrumpa. El milagro no se ha producido, obvio es decirlo, en la televisión (más que milagro sería el fin del mundo, una nueva era en las comunicaciones), sino en los Cursos de Verano de la Complutense, donde la Premio Nadal se atrevió a titular su conferencia con el siguiente título: «Cómo ser prosaico sin olvidar

la poesía. Trucos para ayudar al poeta a desenvolverse en los medios de comunicación». No es nadie ella. Para eso y para más. Nunca fue mujer de retos fáciles ni de bajar el listón para salir del paso.

La última vez que disfruté del verbo de Vallvey en la televisión pública fue durante la tertulia en la que participaba junto a **Cayetana Guillén Cuervo** en el programa *De calle* (gran juego de palabras). Seguramente que a Ángela y a sus compañeras las citaban al menos una hora antes de la grabación. Después pasaban a maquillaje, luego a plató a probar micros, ¡y todo para diez minutos escasos de conversación! Qué desperdicio, con la que está cayendo. Si no me fallan los cálculos han pasa-

do de esto más de cinco años y en La 2, cadena a la que aludo, sigue existiendo otro programa presentado por Cayetana, esta vez titulado *Atención obras*, donde también me da la impresión de que se cita a los invitados y colaboradores una hora antes, se les prepara, se les acicala, se les ilusiona, para más tarde charlar delante de las cámaras sólo unos minutos (casi nunca llegan a diez) invitándonos a completar las intervenciones en Internet.

Ay, Ángela Vallvey. En los márgenes de la charla en El Escorial hubo más molla que en la propia conferencia. Hablando de citas (auténticas y falsas), hablando de hijos y labores domésticas. Pero eso requiere tiempo. El que nunca existe en televisión.